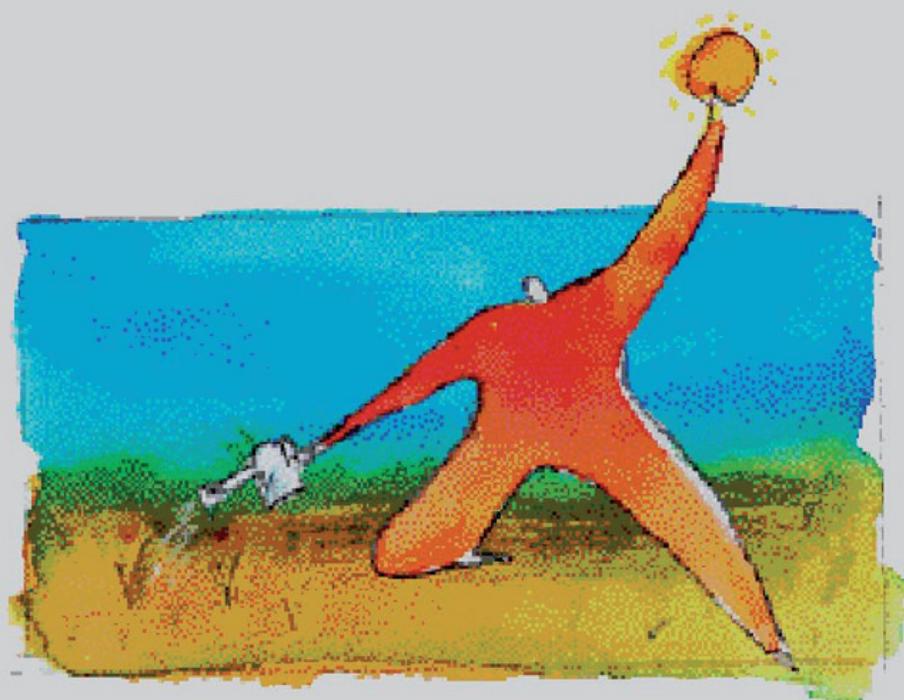


Cien valores para una vida plena

La persona y su acción en el mundo

Francesc Torralba



Editorial

MILENIO

CIENT VALORES PARA UNA VIDA PLENA

La persona y su acción en el mundo

ENSAYO ❁ MILENIO

17

FRANCESC TORRALBA

*Cien valores
para una vida plena
La persona y su acción en el mundo*



Traducción de MARISA TORRES BADIA

Editorial

MILENIO

LL E I D A, 2 0 0 9

Esta obra ha sido traducida con la ayuda del



Título de la edición original en catalán:

Cent valors per viure.

La persona i la seva acció en el món

© Pagès Editors, S. L., 2001

© Francesc Torralba Roselló, 2001

© de la traducción: Marisa Torres Badia, 2003

© de esta edición: Editorial Milenio, 2009

Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)

www.edmilenio.com

editorial@edmilenio.com

Ilustración de la cubierta: Mercè Trepat

Primera edición (pdf): noviembre de 2009

Esta edición corresponde a los contenidos de la primera edición
en formato papel, de diciembre de 2003

ISBN: 978-84-9743-342-6

Made in Spain

ÍNDICE

A modo de prólogo: vivir y dejar vivir	13
--	----

I

LOS OTROS

1. Más allá del yo, más allá del tú: la alteridad.....	35
2. Un valor antiguo y siempre nuevo: la amistad	39
3. Vivir —con— los otros: la civilidad	45
4. Acoger al extranjero: la hospitalidad	49
5. La necesidad del secreto: la confianza	55
6. El entendimiento como posibilidad: el diálogo	59
7. El otro como hermano: la fraternidad	63
8. Sentirse reconocido: el honor.....	67
9. Curar las heridas del pasado: el perdón	69
10. Contar con el otro: la fidelidad	73

II

LA INTERIORIDAD

11. La experiencia del espejo: la aceptación	87
--	----

12. La fidelidad al propio credo: la coherencia	91
13. Implicarse en el mundo: el compromiso.....	95
14. Dar vueltas reflexivamente: la meditación	99
15. El valor de la presencia: la corporeidad	103
16. El valor interior: la elegancia	107
17. No ser caústico con uno mismo: la flexibilidad	111
18. Vivir más allá del cálculo: el desinterés	115
19. El trabajo de aceptarse: la alegría	119
20. Interiorizar la voz del otro: el consejo	123

III

LA NATURALEZA

21. Todo ser tiene una dignidad: la benevolencia	135
22. Los límites de la tecnocracia: la ecodulia.....	139
23. Cuando ya no hay palabras: el silencio	143
24. La obsesión por conocer: el estudio	147
25. Vivir armónicamente con el mundo: la austeridad ...	151
26. Dejarse embelesar por el paisaje: la inacción.....	155
27. Sentirse agradecido por el don de la naturaleza: la gra- titud	159
28. Todos somos uno: la solidaridad cósmica	163
29. Ante las esferas celestiales: la sencillez.....	167
30. Crecer con moderación: la sostenibilidad	171

IV

LA VIDA COTIDIANA

31. El valor de la buena educación: la cortesía	183
32. Vivir sin fricciones: la mansedumbre	187
33. Dejar vivir a los demás: el respeto	191
34. Sentirse afín a los demás: la simpatía.....	197
35. Lo que no se enseña en la universidad: el tacto	199
36. Vivir de una manera afable: la cordialidad.....	203
37. No ser ruidoso: la discreción	207

- 38. Darse cuenta de que no estamos solos: la generosidad 211
- 39. Aprender a hablar oportunamente: la sensibilidad.... 217
- 40. No aparentar más de lo que somos: la sobriedad ... 219

V

EL ARTE

- 41. Aprender a mirar de otra manera: la contemplación 229
- 42. La armonía y la unidad del todo: la belleza 233
- 43. Fijar la mirada atentamente: la concentración..... 237
- 44. Explorar obsesivamente una obra: el entusiasmo 241
- 45. Disfrutar de las cosas buenas: la jovialidad 245
- 46. Descubrir el valor de la singularidad: la unicidad 249
- 47. Aprender a disfrutar del arte: la soledad 253
- 48. Frente al espíritu calculador: la serenidad..... 257
- 49. Atrapar el sentido de la cosa: la comprensión..... 259
- 50. La forja del arte: la inquietud 261

VI

LAS SITUACIONES LÍMITE

- 51. La fuerza interior: la fortaleza 271
- 52. Reconocer la propia debilidad: la humildad 277
- 53. Los límites de la razón: el sentido del misterio 283
- 54. Aprender a vivir en el límite: la paciencia 289
- 55. Aprender del otro: el escuchar 295
- 56. Superar las dificultades: la resiliencia 301
- 57. Vivir atento a los más vulnerables: la compasión 305
- 58. Practicar el autodomínio: la templanza 311
- 59. Enfrentarse a los propios límites: la veracidad 317
- 60. La continuidad en el tiempo: la tenacidad 323

VII
EL OCIO

61. Frente a la planificación: la espontaneidad.....	335
62. Celebrar el goce de vivir: la fiesta	341
63. Un síntoma de buena salud: el humor	345
64. Una forma de interacción con los demás: el juego .	351
65. Vigilar con la mirada: la astucia	355
66. Tener los ojos abiertos: la curiosidad	359
67. El sentido de la intimidad: el pudor.....	363
68. Vivir el ocio con los demás: la tolerancia	369
69. Hablar con uno mismo: la sinceridad.....	373
70. Frente a la estupidez: la buena conversación	377

VIII
EL TRABAJO

71. Recuperar el valor del trabajo: la laboriosidad.....	389
72. Trabajar éticamente: la honestidad	393
73. Ante la precariedad laboral: la imaginación.....	397
74. Saber qué tenemos entre manos: la competencia	401
75. Valorar la acción y sus consecuencias: la prudencia	405
76. Llegar a tiempo: la puntualidad	409
77. Saber estar: la urbanidad	413
78. La obra bien hecha: el rigor	417
79. Un valor que se cotiza alto: la eficiencia	421
80. El espíritu de servicio: la disponibilidad	423

IX
LA EDUCACIÓN

81. La transmisión del pasado: la memoria	435
82. La lucha contra el imperio de la banalidad: la serie- dad	439
83. El gran imperativo de la libertad: la responsabilidad...	443
84. Asegurar los criterios de equidad: la igualdad	447

85. Dejar que sean niños: la inocencia	451
86. Frente al libertinaje: la libertad	455
87. La lógica del matiz: la epiqueya	459
88. El respeto hacia los mayores: la piedad filial.....	463
89. Frente a tanto emotivismo: la racionalidad	469
90. Un valor de los educadores: la longanimidad	473

X

EL FUTURO

91. Frente a la mala fe: la buena fe	483
92. Frente a la reiteración de lo mismo: la creatividad	487
93. La capacidad de vencer las dificultades: el coraje ..	489
94. No lo aceptes todo: la crítica	495
95. Toda meta cuesta mucho sudor: la perseverancia ..	499
96. El futuro no es evidente: la fe	503
97. Afrontar los grandes retos: la magnanimidad.....	505
98. La gran asignatura pendiente: la paz	509
99. Una auténtica comunidad: la justicia	513
100. Frente al desánimo: la esperanza	517
 Bibliografía general	 521

A MODO DE PRÓLOGO: VIVIR Y DEJAR VIVIR

Vivir es un aprendizaje largo y apasionante que se prolonga a lo largo del tiempo y del espacio y que nunca acaba de llegar a su plena culminación. De hecho, siempre estamos en camino y cada momento nos aporta nuevos materiales para reflexionar y asumir en nuestra propia conciencia. Vivir es dejarse interpelear constantemente por aquello a lo que nos conduce la propia existencia, tanto si es agradable como doloroso. No obstante, no siempre es fácil asumir el reto de vivir y mucho más difícil resulta vivir con dignidad, es decir, saber vivir libre y responsablemente.

Existen muchas maneras de vivir y cada persona esculpe su propia forma de vida. La singularidad de una persona no es algo abstracto o indefinido, sino que se expresa en su manera de vivir, pensar y actuar. Incluso en su forma de vivir detectamos su identidad, su manera de ser, aunque resulta evidente que siempre hay una distancia entre lo que detectamos del otro y lo que el otro es en sí mismo.

Hay una íntima relación entre los valores y la manera de vivir. Los valores nos ayudan a vivir, a vivir más intensamente y con mayor profundidad nuestra cotidianidad, a asumir todo aquello que nos presenta la existencia diaria. Los valores no son una salida por la tangente o una manera de escaparse de esta vida proyectando otra diferente, sino todo lo contrario. Vivir es comprometerse en cada instante y los valores nos dan la facultad para discernir adecuadamente la calidad de nuestros compromisos vitales.

Los valores nos facultan para vivir esta vida con sus dificultades, pero también con sus regalos. También nos ayudan a relacionarnos mejor con el mundo que nos rodea, con los demás y con la naturaleza. Los valores configuran el carácter de la persona y, aunque son invisibles e intangibles porque no se ven ni pesan, dan fortaleza al espíritu y permiten nuestro desarrollo a lo largo de nuestra existencia. Por eso los valores son para vivirlos y disfrutarlos. No son entequeias abstractas que están allí, en un mundo distante y lejano al hombre, sino que forman parte de nuestra vida y, a través de la educación, es necesario desvelarlos y fortalecerlos.

Educar en valores significa ayudar al educando a descubrir los valores latentes en su conciencia y a darles consistencia y solidez a través del ejemplo y del testimonio. Los valores no se pueden aprender de una manera objetiva, como si fuesen datos geográficos o realidades numéricas, sino que deben comunicarse de una forma indirecta y subjetiva. Se transmiten a través de la vida que lleva un sujeto determinado y, en la mayoría de ocasiones, de una manera indirecta, es decir, sin referirse explícitamente al valor en cuestión.

Ciertamente, hay valores que nos ayudan a vivir con más plenitud nuestra vida, todos y cada uno de esos momentos que nos toca vivir, pero también hay contravalores o valores negativos que erosionan gravemente el carácter y que hacen que nuestra cotidianidad sea aún más cruda y más difícil. Los valores

nos ayudan a ver el lado bueno de vivir, mientras que los contravalores nos privan del goce de vivir. La realidad en sí misma es neutra, pero según nuestra forma de mirar adquiere una tonalidad u otra. Aprender a vivir es también aprender a mirar la realidad con unos ojos nuevos, lo cual no quiere decir que se tengan que ocultar las dificultades y, menos todavía, obviarlas, sino todo lo contrario. Cuando nos dejamos educar por los valores, aprendemos a mirar el mundo con otros ojos, a disfrutar a fondo de la realidad, a vivir con intensidad. Los valores están al servicio de la vida y no la vida al servicio de los valores. Vale la pena luchar y esforzarse por conseguir un determinado valor, siempre que este valor nos ayude a vivir con más libertad y responsabilidad nuestra existencia diaria.

Es necesario aprender a vivir poco a poco, optando en cada encrucijada, y reflexionando sobre qué nos conviene en cada momento. Las experiencias del pasado nos enseñan a aceptar el presente y no podemos vivir como si no hubiese sucedido nada en un tiempo pretérito. La memoria también nos alecciona respecto a nuestro futuro, pero los valores no sólo sirven para vivir la propia vida con dignidad, sino para dejar vivir a los demás. Es necesario aprender a vivir, pero también es necesario aprender a dejar vivir, porque —bien lo sabemos— hay formas de vida que privan de vivir a los demás y vulneran el derecho que tienen éstos a vivir libremente.

¡Vivir y dejar vivir! ¡He aquí el gran lema! Pero dejar vivir a los que me rodean, no quiere decir desinhibirse, es decir, practicar la indiferencia hacia ellos, sino más bien todo lo contrario. Dejar vivir a los demás es una manera activa de estar en el mundo, un estilo de vida que se caracteriza por el respeto y la atención hacia las personas que me rodean. Los valores nos ayudan a vivir individualmente, pero también colectivamente. Dejar que el otro viva aunque su manera de vivir sea diferente de la de uno mismo e, incluso, directamente opuesta: ¡he aquí el gran reto!

Vivimos en un mundo plural donde coexisten diferentes formas de vida de manera simultánea. No todos vivimos de la misma manera, ni tenemos presentes los mismos valores a la hora de encarrilar nuestra existencia. Esta pluralidad tan patente en la vida cotidiana, en el cuerpo social, es rica en sí misma y embellece la realidad. No habría nada peor que habitar en un universo uniforme, idénticamente igual, donde no existiese ninguna singularidad, ninguna originalidad, ningún contraste. La diferencia es bella en sí misma, mientras que la reiteración de lo mismo resulta empobrecedora desde todos los puntos de vista.

Sin embargo, no siempre es fácil vivir con los demás, especialmente cuando éstos viven según otros valores y tienen otras costumbres y hábitos sociales. No es lícito hacer una mera apología de la pluralidad, sin darse cuenta de las tensiones que se generan. La diversidad es fecunda pero es necesario educar a las personas para que sepan vivir en una atmósfera plural. En cierto modo, es más fácil vivir en la uniformidad porque todos los movimientos del otro son previsibles y esperables, pero vivir en la diversidad exige un aprendizaje social y una buena dosis de elasticidad anímica. Considerando que la tensión es inherente en un marco de pluralidad axiológica, se hace necesario aprender a vivir esta tensión (y en ella), sin caer en la violencia, en la coacción y, mucho menos en formas de colonialismo.

Cada uno tiene derecho a vivir su propia vida libremente, pero esto también quiere decir que tiene el deber de respetar la vida del otro y su forma de expresividad. Sólo cuando una forma de vida atenta directamente contra la vida de otro o bien contra alguno de sus derechos fundamentales, es necesario intervenir y apelar a una ética mínima. Los valores que aquí reseñamos nos ayudan a vivir individualmente, pero también colectivamente, especialmente en un marco de pluralidad social. Son valores que favorecen el crecimiento personal, pero también

el crecimiento como pueblo, y fomentan la convivencia y la buena armonía social.

En términos generales, la diferencia genera miedo y, en algunos casos, incluso rechazo. Todo lo que es diferente nos sorprende, nos desconcierta e, incluso, puede amenazarnos; mientras que todo lo que es igual nos tranquiliza, nos reconforta porque ya sabemos qué consecuencias tiene. Ante la diferencia sentimos miedo, tememos perder nuestra frágil identidad y, por ello, ponemos en práctica la actitud defensiva, nos encerramos dentro del recinto de la propia muralla y tratamos de evitar el choque con los demás. No es correcto plantear el reto de la diferencia en términos exclusivamente problemáticos, sino que también es necesario plantearlo en términos de posibilidad. La diferencia es una invitación a vivir, de otra manera, nuestra existencia y nos invita a ver el mundo con otros ojos. Es necesario aprender a disfrutar del hecho de la diferencia y darse cuenta del juego de relaciones que se producen y de la fecundación resultante, tanto a nivel cultural como de valores.

Los valores se manifiestan en nuestras acciones y omisiones, en nuestras palabras y también en nuestros silencios. Pero una cosa son los valores que creemos poseer y otra cosa, bien diferente, son los valores que *realmente* vivimos en nuestra vida. Para averiguar los valores que mueven una existencia hacia un determinado horizonte de sentido, no hay otra manera de investigarlos que fijando la atención en la manera cómo se desarrolla aquella vida. A través de sus movimientos, podremos ir averiguando cuáles son los valores reales que hacen mover aquella vida en una determinada dirección. Los valores son como horizontes de referencia que orientan nuestra vida hacia un determinado sentido.

Vivimos en un mundo en donde no hay un único horizonte de sentido. Los humanos damos sentido a nuestra vida de maneras muy diferentes y esto explica que nuestra noción de tiempo y espacio también sea muy diferente. Cuando afirmamos

que algo tiene valor, estamos diciendo que vale la pena dedicarle tiempo y esfuerzo y que este tiempo y este esfuerzo que estamos invirtiendo tienen sentido; mientras que, cuando algo no tiene valor para nosotros, tampoco tiene sentido dedicarle tiempo y esfuerzo. Existe, por tanto, una íntima relación entre tiempo, sentido y valores.

Veámoslo con algunos ejemplos. Para el lector empedernido, leer libros no es una pérdida de tiempo, sino que tiene valor y, lo tiene porque tiene sentido. A través de la lectura se da cuenta de que enriquece su espíritu y de que amplía sus perspectivas vitales. Para el corredor de fondo, en cambio, correr una larga distancia no es una pérdida de tiempo porque correr tiene valor por sí mismo y tiene valor porque tiene sentido. Se da cuenta de que de esta manera aprende a dominar su cuerpo, consigue moderar sus tensiones cotidianas y a meditar personalmente sobre su vida.

Se podría afirmar que, de hecho, ahí donde reflejamos auténticamente cuáles son nuestros valores es en la gestión del tiempo que hacemos a lo largo de nuestra vida. Lo podríamos expresar en una sola frase: “Dime qué haces con tu tiempo vital y te diré cuáles son tus valores”. La relación con una persona que vive su vida a partir de unos valores diferentes, los propios, siempre es interpelante y, a la vez, desafiante. El contacto con una persona, un extraño moral —podríamos decir—, nos ayuda a ver el mundo con otros ojos y esto nos obliga a proyectar una mirada crítica hacia los propios valores personales.

No es cierto que vivamos en una permanente crisis de valores y no es nuestra finalidad tratar de paliar, aunque sea mínimamente, esta crisis de valores con la publicación de un texto en donde estén contenidos cien valores diferentes. Vivimos en un mundo en donde más bien existe una inflación de valores, en donde conviven estilos de vida diferentes, en donde se da una auténtica pluralidad de costumbres y de hábitos que enriquecen notablemente nuestras sociedades. Sí que es cierto

que algunos valores transmitidos generacionalmente se han desvirtuado o bien se han transformado con celeridad, pero los humanos no podemos vivir sin valores, aunque no seamos del todo conscientes, en todas nuestras acciones siempre hay algún tipo de valor o contravalor imperante. Es necesario tomar conciencia y ser capaces de hacer autocrítica con respecto a nuestros propios hábitos y costumbres.

Partamos de la idea de que la felicidad no reside en las grandes cosas, en las grandes palabras o en las grandes conquistas, sino en las pequeñas cosas de la cotidianidad. Quizá alguien considerará que esta idea de felicidad es muy minimalista e, incluso, dimisionaria, pero estamos convencidos de que la vida buena, la vida bella y armónica, tal como dirían los griegos, no se alcanza persiguiendo grandes hitos, al estilo de Prometeo o de Fausto, sino en la manera de asumir la propia cotidianidad y la capacidad que tenemos de darle forma con nuestras manos. No podemos perder de vista el carácter finito y vulnerable de la condición humana.

Los valores nos ayudan a vivir con intensidad nuestra cotidianidad y, cuando vivimos coherentemente nuestra vida con nuestros propios valores, nos sentimos profundamente felices. De hecho, existe una estrecha relación entre valores y felicidad. La felicidad es, en pocas palabras, la vida ordenada, la existencia armónica y equilibrada. En cambio, cuando alguien vive su vida en oposición constante con los valores que siente dentro de la conciencia, se siente infeliz y vacío. Por otra parte, cuando es capaz de proyectar en su existencia, en la vida de cada día, los valores que palpitan en su conciencia, su vida adopta una forma ordenada y bella, no hay fractura entre el hombre exterior y el hombre interior, entonces hay transparencia.

* * *

Para facilitar la lectura de esta obra, nos proponemos describir a continuación la arquitectura del texto, a fin y efecto de poder localizar mejor el sentido de cada valor y su correspondiente agrupación en este libro. El texto que sigue a continuación permite múltiples lecturas y está pensado para que el lector se sienta muy libre a la hora de leerlo. Puede empezar por cualquier lugar, en función de sus intereses y apetencias personales. Hemos organizado esta pequeña enciclopedia de los valores en diez bloques, cada uno de los cuales está integrado por diez valores.

Cada bloque se corresponde con una dimensión de la vida humana. Es evidente que, ni están todas, ni tampoco nos hemos propuesto integrarlas todas, lo cual sería, por nuestra parte, una pretensión desmesurada y casi fáustica. El ser humano es una realidad pluridimensional y no hemos pretendido ser exhaustivos en este punto. Hemos resaltado diez aspectos de la vida humana que consideramos muy trascendentes, tanto desde el punto de vista individual como colectivo y en cada uno de estos bloques hemos destacado diez valores que creemos que pueden potenciar la vivencia de aquella dimensión. Estas diez dimensiones son las siguientes: los otros (I), la interioridad (II), la naturaleza (III), la vida cotidiana (IV), el arte (V), las situaciones límite (VI), el ocio (VII), el trabajo (VIII), la educación (IX) y el futuro (X).

El primer bloque está destinado a pensar en nuestra relación con los demás y a averiguar qué valores nos ayudan a vivir armónicamente con ellos. Partimos de la idea de que los valores nos ayudan a mejorar y a perfeccionar nuestra relación con los demás. El ser humano es un animal perfectivo que, a lo largo de su vida, tiene la capacidad de madurar y de perfeccionar en muchos aspectos, pero no de una manera inmediata sino mediante el esfuerzo y el trabajo.

Los valores son piezas esenciales para la mejora de la persona y de las sociedades en general. Sin escogerlo, nos damos

cuenta de que los demás forman parte de nuestro mundo y de que existen formas de interacción con ellos que resultan gravemente contraproducentes. Entre los valores que nos ayudan a cohesionar nuestra relación con los demás y a hacerla más plena y más consistente, hemos destacado los siguientes: el valor de la *alteridad* (1), el de la *amistad* (2), el de la *civilidad* (3), el de la *hospitalidad* (4), el de la *confianza* (5), el del *diálogo* (6), el de la *fraternidad* (7), el del *honor* (8), el del *perdón* (9) y el de la *fidelidad* (10).

El segundo bloque del libro está orientado a los valores de la interioridad. La persona humana no es solamente una exterioridad que vive de cara afuera, sino que es un ser capaz de una vida propia, un ser capaz de zambullirse en su interior y de “pensarse” a fondo. Existen una serie de valores que nos ayudan a relacionarnos intensamente con nosotros mismos y, de paso, perfeccionan nuestras relaciones con los demás. Entre estos valores hemos destacado los siguientes: el de la *aceptación* (11), el de la *coherencia* (12), el del *compromiso* (13), el de la *meditación* (14), el de la *corporeidad* (15), el de la *elegancia* (16), el de la *flexibilidad* (17), el del *desinterés* (18), el de la *alegría* (19) y el del *consejo* (20).

El tercer bloque del libro está dedicado a estudiar la relación entre el ser humano y la naturaleza. He aquí una relación tensa y difícil. Nos damos cuenta de que la forma de interacción que ha presidido esta relación en los últimos dos siglos no es sostenible, sino francamente negativa tanto para el futuro del entorno natural como para el futuro de la especie humana. Por tanto, es esencial que la persona aprenda a querer y a valorar el entorno natural y, para ello, es indispensable que asuma una serie de valores y que los haga efectivos en esta interacción con la naturaleza globalmente considerada. Entre estos valores que hemos enfatizado están los siguientes: la *benevolencia* (21), la *ecodulia* (22), el *silencio* (23), el *estudio* (24), la *austeridad* (25), la *inacción* (26), la *gratitud* (27), la

solidaridad cósmica (28), el valor de la *sencillez* (29) y el valor de la *sostenibilidad* (30).

El cuarto bloque del libro está orientado a reflexionar sobre la vida cotidiana. La vida cotidiana es rica y compleja y para vivirla con intensidad es necesario ir equipado con un buen conjunto de valores. Además, la vida cotidiana oscila de manera inestable entre la belleza y la fealdad, entre la alegría y el tedio, entre la felicidad y el desencanto. Para afrontar este vaivén continuo, es esencial interiorizar un conjunto de valores que fortalezcan la personalidad y la hagan más dúctil, pero, a la vez, más independiente. Existen una serie de valores que facilitan y equilibran debidamente la vida de cada día y la hacen más afable y más fecunda. La cotidianidad puede mostrarse monótona y gris y es esencial saber introducir mecanismos para superar esta tendencia. La vida de cada día sería muy diferente si fuéramos capaces de vivir los siguientes valores: la *cortesía* (31), la *mansedumbre* (32), el *respeto* (33), la *simpatía* (34), el *tacto* (35), la *cordialidad* (36), la *discreción* (37), la *generosidad* (38) y la *sobriedad* (39).

El ser humano es un animal estético. Es capaz de quedarse pasmado ante una obra de arte y de disfrutar en su interior de su contemplación. La percepción de la belleza no es ajena a la vida humana, sino que forma parte intrínseca de ella. Para poder desarrollar a fondo esta capacidad estética, la de percibir la belleza inherente a la realidad y a todas las cosas, es esencial el despliegue de cierta pedagogía, de una educación del sentimiento de belleza. Sólo si interiorizamos determinados valores, podremos disfrutar a fondo de este tesoro que nos ofrece la realidad humana que es el arte. Generalmente, interpretamos los valores en términos de moral, de corrección o de incorrección, pero existen valores de orden estético que nos facultan para vivir con intensidad nuestra dimensión estética. En el quinto bloque hemos destacado los siguientes valores: la *contemplación* (41), la *belleza* (42), la *concentración* (43), el *entusias-*

mo (44), la *jovialidad* (45), la *unicidad* (46), la *soledad* (47), la *serenidad* (48), la *musicalidad* (49) y la *inquietud* (50).

El ser humano atraviesa a lo largo de su vida situaciones límite, experiencias duras y difíciles de digerir, que convierten la vida humana en una tragedia, en un clamor, en un ultraje. Aunque social y culturalmente hemos hecho del dolor un tabú, el sufrimiento no es ajeno a la vida humana, sino todo lo contrario, es inherente a ella. Vivir es sufrir, aunque no sólo padecer, ni exclusivamente sufrir, pero el sufrimiento no es extraño a la vida. No obstante, no siempre sabemos asumirlo con madurez y, menos todavía, afrontarlo con dignidad. También es cierto que hay sufrimientos de tonalidades muy diversas y que, a veces, hay dolores que superan con creces la capacidad humana. Sin embargo, es necesario concienciarse de que el dolor, y quien dice el dolor dice también la enfermedad, la vejez, la decepción, la frustración, el desengaño y, finalmente, la muerte, forman parte consustancial de la vida y de que hace falta cultivar determinados valores para asumir esta dimensión trágica de la vida humana.

De ahí que sea tan necesario asumir una serie de valores que alimenten a la persona y la hagan apta para afrontar estas situaciones dilemáticas, que inevitablemente nos comporta el hecho de vivir. En el sexto bloque, desarrollamos diez valores para afrontar las situaciones de debilidad; son los siguientes: la *fortaleza* (51), la *humildad* (52), el *sentido del misterio* (53), la *paciencia* (54), el *escuchar* (55), la *resiliencia* (56), la *compasión* (57), la *templanza* (58), la *veracidad* (59) y la *tenacidad* (60).

Aunque aún no hayamos entrado, ni por asomo, en la sociedad del ocio, el hecho es que la persona humana además de definirse como un *animal laborans*, también se puede definir como aquel animal que juega (Eugeni d'Ors *dixit*) y que se distrae o, al menos, que trata de vivir con placer el ocio del que dispone. Es cierto que gran parte de nuestra vida nos la

pasamos trabajando, pero el ocio en nuestra sociedad no es accidental sino que también forma parte de la vida humana. Sin embargo, existe un ocio positivo que educa y forma a la persona en su totalidad; pero también existe un ocio negativo que destruye a la persona y a las relaciones interpersonales en el seno de la sociedad. Para poder disfrutar con plenitud del poco ocio del que disponemos, es necesario que interioricemos unos determinados valores, que son los que hemos desarrollado en el séptimo bloque: la *espontaneidad* (61), la *fiesta* (62), el *humor* (63), el *juego* (64), la *astucia* (65), la *curiosidad* (66), el *pudor* (67), la *tolerancia* (68), la *sinceridad* (69) y la *buena conversación* (70).

Gran parte de la actividad humana la ocupa, tal como comentábamos anteriormente, el trabajo cotidiano. Mediante el trabajo, transformamos la realidad y también nos transformamos a nosotros mismos. Las manos de un agricultor son duras y ásperas porque el contacto con la tierra ha cambiado su fisonomía. Puede considerarse el trabajo como un castigo y, de hecho, hay muchas formas de trabajo que son perniciosas para la persona porque la reducen a la mera categoría de instrumento. Pero el trabajo entendido como una actividad que ennoblece al ser humano y que le llena de satisfacción no tiene nada que ver con esta relación instrumental a la que nos referimos. Para poder desarrollar en la cotidianidad el propio trabajo, nos hace falta asumir una serie de valores. En el octavo bloque, hemos expuesto los valores del mundo del trabajo y hemos destacado los siguientes: la *laboriosidad* (71), la *honestidad* (72), la *imaginación* (73), la *competencia* (74), la *prudencia* (75), la *puntualidad* (76), la *urbanidad* (77), el *rigor* (78), la *eficiencia* (79) y la *disponibilidad* (80).

La educación es esencial en la vida de la persona, no tan sólo en las primeras etapas de su existencia sino a lo largo de todo su desarrollo. Necesitamos formarnos, adquirir conocimientos y hábitos para poder afrontar la cruda realidad. Preci-

samente porque el ser humano es indigente y precario necesita formarse continuamente, ya que de esta manera va desarrollando su personalidad en un mundo que, en muchas ocasiones, se presenta de manera hostil. En la novena parte de esta obra, exploramos los valores esenciales de la educación pensando en términos de futuro. Entre estos valores nos referiremos a los siguientes: a la *memoria* (81), a la *seriedad* (82), a la *responsabilidad* (83), a la *igualdad* (84), a la *inocencia* (85), a la *libertad* (86), a la *epiqueya* (87), a la *piEDAD filial* (88), a la *racionalidad* (89) y a la *longanimidad* (90).

No es nada fácil imaginarse cómo será el futuro y menos todavía desde nuestro presente, que cambia con tanta celeridad. Tenemos cierta capacidad para anticipar algunos movimientos y para imaginar determinados escenarios en el porvenir, pero existen muchos aspectos de nuestro futuro inmediato y lejano que desconocemos y que tendremos que ir digiriendo, tanto a nivel personal como a nivel colectivo, tan pronto como se presenten. No es necesario temer al futuro, pero tampoco lo hemos de aceptar de manera resignada como si todo ya estuviese escrito y no pudiésemos hacer nada para cambiarlo. El futuro depende, esencialmente, de nosotros y de nuestra acción en el mundo. En la última parte de este texto nos hacemos eco de una serie de valores que nos preparan anímicamente para encarar el futuro sin miedo y con una buena dosis de esperanza. Entre estos valores hemos recogido los siguientes: la *buena fe* (91), la *creatividad* (92), el *coraje* (93), la *crítica* (94), la *perseverancia* (95), la *fe* (96), la *magnanimidad* (97), la *paz* (98), la *justicia* (99), el valor de la *esperanza* (100).

Al final del libro, adjuntamos una breve bibliografía que tiene como finalidad orientar al lector y ofrecerle material para proseguir su reflexión más allá de este libro.

Morgovejo (León), agosto de 2001

I
LOS OTROS

La primera evidencia que tenemos cuando observamos el mundo que nos rodea, sin penetración, es que los otros* existen. Mucho antes de tomar conciencia de mi propio ser, tomo conciencia de la existencia de los otros. Me los encuentro por la calle, los veo desde mi ventana, los oigo desde mi cuarto de trabajo. Aunque intente evitar su presencia, los otros están presentes y configuran el entorno de mi existencia personal. No son un sueño, ni una ficción, ni el producto de la imaginación de un dios menor, sino que son realmente reales, aunque, seguramente, siempre hay una distancia entre lo que son y lo que veo en ellos.

Los otros forman parte de mi vida, no los puedo aniquilar, ni me puedo desentender de ellos. Están aquí y allá, me rodean y forman parte de mi paisaje personal. Pero no son figuras

* N. de la T.: se ha tenido a bien traducir en diferentes momentos del libro el concepto de “los demás” por el de “los otros”; se procura respetar así la idea que transmite el autor y que recoge con acierto en éste su primer bloque temático.